

XXVII

CAMBIA EL VIENTO.—LA TOLDIILLA Y EL CASTILLO DE PROA AL NIVEL DEL MAR.—EUGA.—LA BALLENERA HA DESAPARECIDO.—CINCO QUE SE HAN SALVADO Ó QUE SE HAN PERDIDO.

5 de Diciembre.

He conseguido dormir algunas horas, y à las cuatro de la mañana el silbido de la brisa me despierta bruscamente. Oigo la voz de Roberto Kurtis que resuena entre el ruido de las ráfagas, cuyas sacudidas conmueven la arboladura del buque.

Me levanto. Fuertemente asido à las cuerdas trato de ver lo que pasa debajo y alrededor de mí.

En medio de la oscuridad oigo los

mugidos del mar. Grandes sábanas de espumas, lívidas, más que blancas, pasan por los más.iles, imprimiéndoles grandes oscilaciones. Dos sombras negras se destacan hácia poco sobre el color blanquizco del mar: son el capitán Kurtis y el contra maestre: sus voces, que se distinguen poco en medio del estrépito de las olas y de los silbidos de la brisa llegan à mis oídos como un largo gemido.

En aquel momento uno de los marineros que ha subido à la gavia para amarrar un cabo, pasa cerca de mí.

—¿Qué hay? le pregunto.

—El viento ha cambiado.....

El marinero añade después algunas palabras que no he podido oír claramente. Sin embargo, me parece ha añadido, *de medio à medio*.

—¡De medio à medio! Pero entonces el viento ha saltado del Nordeste al Sudoeste, y ahora nos rechaza à alta mar. Mis pensamientos no me han engañado.

En efecto, amalece poco à poco: el

viento no ha cambiado absolutamente en dirección contraria, pero circunstancia igualmente funesta para nosotros, sopla del Nordeste, es decir, que nos aleja de la tierra. Además hay cinco piés de agua sobre el puente, cuyos parapetos han desaparecido del todo bajo el mar. El buque se ha hundido durante la noche, y el castillo de proa, lo mismo que la toldilla, están ahora al nivel del mar, que les barre incesantemente. A sotavento Roberto Kurtis y su tripulación trabajan para concluir la construcción de la balsa, pero el trabajo no puede ir de prisa, vista la violencia del mar, y es preciso tomar las más serias precauciones para que la armazón no se disloque antes de estar absolutamente consolidada.

En aquel momento los Letourneur se encuentran á mi lado en pié, y el padre sostiene al hijo contra la violencia de los balances.

—Pero esta gavia va á romperse, exclama Mr. Letourneur oyendo los crugi-

dos de la estrecha plataforma en que estamos.

Miss Herbey se levanta al oír estas palabras, y mostrando á Miss Kear que está tendida á sus piés, pregunta:

—¿Qué debemos hacer, señores?

—Quedarnos donde estamos, respondo yo.

—Miss Herbey, añade Andrés Letourneur, de todas maneras este es nuestro mas seguro refugio. No tema usted nada.....

—No temo por mí, responde la joven con voz tranquila, sino por los que tienen alguna razón para apreciar la vida.

A las ocho y cuarto el contramaestre grita á los de la tripulación:

—¡Eh! ¡á proa!

—¿Qué se ofrece, maestro? responde uno de los marineros, creo que era O'Ready.

—¿Teneis la ballenera?

—No, maestro.

—¡Entonces se la ha llevado la corriente!

En efecto, la ballenera no está ya suspendida del bauprés, y casi inmediatamente se observa la desaparición de Mr. Kear, de Sila Huntly y de tres hombres de la tripulación; un escocés y dos ingleses. Comprendo entonces cuál ha sido el objeto de la conversación de Mr. Kear y de Huntly. Temiendo que el *Chancellor* zozobrase antes que se acabara de construir la balsa, se han conjurado para huir y han decidido, à precio de dinero, à tres marineros à que se apoderen de la ballenera. Ahora me explico lo que significaba aquel punto negro que he visto durante la noche. El miserable ha abandonado à su mujer. El indigno capitán ha abandonado su buque y nos han llevado la canoa, es decir, la única embarcación que nos quedaba.

—Cinco que se han salvado, dice el contra maestre.

—Cinco que se han perdido, responde el viejo irlandés.

En efecto, el estado del mar no puede

menos de justificar las palabras de O'Ready.

No somos ya más que veintidos à bordo. ¿Cuántos van à quedar después?

Al raber esta cobarde deserción y el robo de la ballenera, la tripulación colma de invectivas à los fugitivos, y si la casualidad los trajese de nuevo à bordo, pagarían cara su traición.

Aconsejo que se oculte à Mrs. Kear la fuga de su marido. La infeliz mujer está consumida por una fiebre incesante, contra la cual no podemos hacer nada, pues que el hundimiento del buque ha sido tan pronto, que no ha podido salvarse la caja de medicamentos. Además, aunque los tuviéramos, ¿qué efecto podríamos esperar en las condiciones en que se encuentra Mrs. Kear?

XXVIII.

LA BALSA ESTA CONSTRUIDA.—SITUACIÓN DE TODOS.—MRS. KEAR SE MUERE.—WALTER MUY DEBIL—UN CADAVER QUE SE ECHARA DE MENOS.

Continuación del 6 de Diciembre.

Ya el *Chancellor* no está en equilibrio entre las capas de agua, y es probable que se disloque completamente su casco, pues que sentimos que se va hundiendo poco á poco.

Por fortuna la balsa estará terminada en lo que falta de noche y nos podremos instalar en ella, á no ser que Roberto Kurtis prefiera embarcarse de día, en cuyo caso habrá que esperar hasta el amanecer. La armazón se ha establecido sólidamente, las berlingas que la forman

han sido ligadas entre sí con fuertes cuerdas, y como estas piezas se entrelazan una sobre otra, el conjunto se levanta dos piés ó más sobre el nivel del mar.

En cuanto á la plataforma, está construida con las tablas de la obra muerta que las olas han arrancado, y que se han utilizado cuidadosamente. Por la tarde se comienza á cargar todo lo que se ha salvado, en materia de víveres, velas, instrumentos y útiles. Es preciso apresurarse, porque en este momento la gavia mayor no está ya más que á diez pies sobre el mar, y no queda del bauprés sino el extremo superior que se levanta oblicuamente.

Mucho me sorprendería si mañana no fuese el último día del *Chancellor*.

Y ahora ¿en qué estado moral estamos todos? Trato de determinar lo que pasa en mí. Me parece que lo que experimento es más bien una indiferencia inconsciente que un sentimiento de resignación. Mr. Letourneur vive enteramente

para su hijo, y éste no piensa más que en su padre. Andrés muestra una resignación valerosa y cristiana que no puedo comparar sino con la resignación de miss Herbey. Falsten es siempre el mismo, y Dios me perdone, pero en este momento me parece que escribe algunos números en su cuaderno. Mr. Kear se muere, á pesar de los cuidados de la jóven y de los míos.

En cuanto á los marineros, dos ó tres están serenos, pero los demás se hallan muy próximos á perder la cabeza. Algunos, impulsados por su natural grosero, parecen dispuestos á entregarse á excesos. Serán difíciles de contener estos hombres, que sufren la mala influencia de Owen y de Jynxtrop, cuando tengamos que vivir con ellos en una estrecha balsa.

El teniente Walter está muy débil; á pesar de su valor tendrá que renunciar á hacer servicio. Roberto Kurtis y el contramaestre, enérgicos, incommovibles;

son hombres que la naturaleza ha forjado *en toda su dureza*, expresión tomada de la lengua metalúrgica que les pinta perfectamente.

Hácia las cinco de la tarde Mrs. Kear, nuestra compañera de infortunio, ha dejado de sufrir. Ha muerto después de una dolorosa agonía, tal vez sin haber conocido su situación. Ha dado algunos suspiros, y todo ha concluido; miss Herbey le ha prodigado sus cuidados hasta el último momento, con una adhesión que nos ha conmovido á todos profundamente.

La noche ha pasado sin incidente. Por la mañana al amanecer he tomado la mano de la muerta, que estaba fria, y cuyos miembros estaban ya rígidos. Su cuerpo no puede permanecer por más tiempo en la gavia. Miss Herbey y yo la envolvimos en sus vestidos; después se rezan algunas oraciones por el alma de la desdichada mujer, y la primera víctima de tantas miserias es precipitada al mar.

En aquel momento uno de los hombres que se encuentran en los obenques pronuncian estas espantosas palabras:

—¡Ese es un cadáver que tenemos que echar de menos!

Me vuelvo. Es Owen el que ha hablado.

Después me ocurre que, en efecto, nos faltarán los víveres tal vez algún día.

XXIX.

SE EMBARCAN PASAJEROS Y TRIPULACIÓN EN LA BALSA.—EL BUQUE SE HUNDE.—SE PIERDEN DOS MARINEROS Y UN GRUMETE.—ULTIMO DIA DEL CHANCELLOR.

7 de Diciembre.

El buque continúa hundiéndose, y el agua llega ya á las jaretas de la gavia de mesana. La toldilla y el castillo de proa están completamente sumergidos, y el extremo superior del bauprés ha desaparecido también bajo las aguas. No sobresalen más que los tres palos.

Pero la balsa está ya terminada y cargada de todo lo que ha podido salvarse. A la parte de proa se ha dispuesto una carlinga, destinada á recibir un mástil, sostenido por obenques sujetos á los cos-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. S. N. S.

tados de la plataforma. La vela del sobrejuanete mayor irá envergada y nos impulsará probablemente hacia la costa. ¿Quién sabe si lo que el *Chancellor* no ha podido hacer, lo hará ese frágil conjunto de tablas menos fácil de sumergir? La esperanza se arraiga tan profundamente en el corazón del hombre, que yo todavía espero.

Son las siete de la mañana. Vamos á embarcarnos en la balsa, cuando de improviso acaba de hundirse el buque tan precipitadamente, que el carpintero y los hombres ocupados en la balsa se ven obligados á cortar la amarra para no ser arrastrados en el remolino.

Experimentamos entonces una ansiedad dolorosísima, pues precisamente cuando el buque baja al abismo, es cuando nuestra única tabla de salvación se aleja á la deriva.

Dos marineros y un grumete pierden la cabeza y se arrojan al mar, pero en vano tratan de luchar contra las gruesas

oleadas. Pronto comprendemos todos que no podrán ni llegar á la balsa, ni volver al buque, teniendo contra sí las olas y el viento. Roberto Kurtis se ata una cuerda á la cintura y se precipita á su auxilio: ¡sacrificio inútil! Antes que haya podido llegar hasta ellos, los tres desgraciados, á quienes veo luchar contra las olas, desaparecen después de haber tendido en vano los brazos hacia nosotros.

Retiramos á Roberto Kurtis lleno de contusiones causadas por la especie de resaca que bate la cabeza de los mástiles.

Entre tanto, Daoulas y sus marineros, por medio de berlingas de que se sirven á guisa de remos, tratan de acercarse al buque, y solo lo consiguen después de una hora de esfuerzos; una hora que nos parece un siglo; una hora durante la cual el mar ha subido hasta el nivel de las gavias. Y sin embargo, la balsa no se había alejado sino dos cables del *Chancellor*

[unos 400 metros]. El contramaestre echa un cabo á Doulas y la balsa atraca á la encapilladura del palo mayor.

No hay un momento que perder, por que se advierte un violento remolino alrededor del casco sumergido, y enormes burbujas de aire suben en gran número á la superficie del agua.

—¡Embarca, embarca! grita Roberto Kurtis.

Todos nos precipitamos á la balsa. Andrés Letourneur, después de haber cuidado de la instalación de miss Herbey, llega sin novedad á la plataforma. Su padre se encuentra poco después á su lado: en seguida todos nos embarcamos, todos menos el capitán Kurtis y el viejo marinero O'Ready.

Roberto Kurtis, en pié sobre la gavia mayor, no quiere dejar el buque hasta que desaparezca en el abismo. Es su deber y su derecho: se comprende que la emoción estalle en su pecho al verse precisado á abandonar aquel *Chancellor* tan

querido, donde ha mandado y manda todavía.

El irlandés está sobre la gavia de mesana.

—¡Embarca, viejo! le grita el capitán.

—¿Se hunde el buque? pregunta el terco marino con la mayor serenidad del mundo.

—En línea recta.

—Entonces embarquemos, dice O'Ready, cuando el agua le llega á la cintura.

Y sacudiendo la cabeza se lanza á la balsa.

Roberto Kurtis permanece todavía un momento sobre la gavia, dirige una mirada alrededor, y luego deja por fin el buque.

Ya es tiempo. Se corta la amarra y la balsa se aleja lentamente.

Miramos hácia el sitio donde zozobra el *Chancellor*. Primero desaparece el extremo del palo de mesana, luego el del palo mayor y en breve no queda nada de aquel hermoso buque.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. A.

XXX.

NUEVO APARATO FLOTANTE.—DE VEINTIOCHO QUEDAN DIEZ Y OCHO.—POCAS PROVISIONES.—NINGUN VESTIDO.

Continuación del 7 de Diciembre.

Estamos en un nuevo aparato flotante que no puede irse á fondo, porque en todo caso sobrenadarán las piezas de madera que lo componen. ¿Pero no las desunirá el mar? ¿No romperá las cuerdas que las unen? ¿No aniquilará, en fin, á los náufragos hacinados en su superficie?

De veintiocho personas que llevaba el *Chancellor* á su salida de Charleston, diez ya han perecido.

Quedamos, pues, diez y ocho todavía, diez y ocho en esta balsa que forma un

cuadrilátero irregular de cuarenta pies de largo por veinte de ancho.

Citaré los nombres de los que hemos sobrevivido: los Letourneur, el ingeniero Falsten, miss Herbey y yo, pasajeros; el capitán Roberto Kurtis, el teniente Walter, el contramaestre, el mayordomo Hobbart, el cocinero negro Jynxtrop, el carpintero Daoulas y los siete marineros Austin, Owen, Wilson, O'Ready, Burke, Sandon y Flaypol.

¿Nos juzga el cielo suficientemente probados por la desgracia? ¿Habrá dejado ya su mano de pesar sobre nosotros? Los más confiados no se atreven á esperar.

Pero dejemos el porvenir; no pensemos más que en lo presente, y continuemos registrando los incidentes de este drama á medida que se produzcan.

Conocidos ya los pasajeros de la balsa, veamos sus recursos.

Roberto Kurtis no ha podido embarcar más que lo que quedaba de las provisiones sacadas de la despensa, cuya

mayor parte fué destruida cuando se sumergió el puente del *Chancellor*. Estas provisiones son poco abundantes si se considera que somos diez y ocho bocas y que pueden pasar muchos días antes de que avistemos un buque ó la tierra. Un barril de bizcocho, otro de carne seca, un tonelito de aguardiente y dos barricas de agua son todo lo que ha podido salvarse. Es, pues, necesario ponerse á ración desde el primer día.

Respecto de vestidos de repuesto, no tenemos nada. Algunas velas nos servirán á la vez de cubierta y de abrigo. La herramienta del carpintero Daoulas, el sextante y la brújula, una carta, las navajas de bolsillo, una caldera de metal y una taza de hoja de lata que siempre ha llevado consigo el viejo irlandés O'Ready, constituyen el total de los utensilios que nos quedan. Todas las cajas preparadas sobre el puente para embarcarlas en la primera balsa se han ido á pique en el momento de la submersión parcial

del *Chancellor*, y desde aquel momento no ha sido ya posible penetrar en la bodega.

Tal es la situación; grave, sin ser desesperada. Por lo demás, es de temer que á alguno le falte la energía moral al mismo tiempo que la energía física. Además, hay entre nosotros personas cuyos malos instintos serán difíciles de contener.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. A.

XXXI.

EL VIENTO SE INCLINA AL NORTE.—SE INSTALA EL MASTIL EN LA Balsa Y SE IZA LA VELA.—A SEISCIENTAS CINCUENTA MILLAS DE TIERRA.—REGIMEN DE A BORDO.

Continuación del 7 de Diciembre.

El primer día no se ha señalado por ningún incidente.

Hoy á las ocho de la mañana el capitán Kurtis nos ha reunido á todos, pasajeros y tripulantes.

—Amigos míos, ha dicho; oigan ustedes bien esto. Yo mando en esta balsa como á bordo del *Chancellor*, y espero ser obedecido de todos sin excepción. ¡No pensemos más que en la salvación común; permanezcamos unidos y el cielo nos proteja!

Estas palabras han sido bien acogidas.

La leve brisa que sopla en este momento y cuya dirección averigua el capitán por medio de la brújula, se ha aumentado inclinándose al Norte. Es una circunstancia feliz y hay que apresurarse á aprovecharla para llegar lo más pronto posible á la costa americana. El carpintero Daoulas se ocupa en instalar el palo, cuya carlinga se ha dispuesto á proa de la balsa, y se arreglan también dos alas, especie de arbotantes que deben mantenerle más sólidamente. Mientras el carpintero trabaja, el contra maestre y los marineros envergan el sobrejuanete pequeño en la verga reservada para este uso.

A las nueve y media queda levantado el mástil. Varios obenques apoyados sobre los costados de la balsa aseguran su solidez; la vela queda izada, amurada y cazada, y el aparato, impulsado viento en popa, camina con bastante rapidez ba-

jo la acción de la brisa que va refrescando.

Terminada esta tarea el carpintero trata de instalar un timón que permita á la balsa conservar la dirección requerida. Roberto Kurtis y el ingeniero Falsten le ayudan con sus consejos. Después de dos horas de trabajo se establece á popa una especie de espadilla, con corta diferencia semejante á la que emplean los balahus malayos.

Entre tanto el capitán Kurtis ha hecho las observaciones necesarias para obtener exactamente la longitud, y al medio día toma una buena altura del sol.

El punto que obtiene con bastante exactitud es el siguiente:

Latitud $15^{\circ} 7'$ Norte.

Longitud $49^{\circ} 35'$ Oeste del meridiano de Greenwich.

Este punto puesto sobre la carta muestra que estamos á unas seiscientas cincuenta millas al Nordeste de la costa de Paramaribo, es decir, de la parte más

próxima del Continente americano, que como hemos notado forma el litoral de la Guyana Holandesa.

Ahora bien, calculando las probabilidades en pró y en contra y tomando un término medio, no podemos esperar, ni aun con la ayuda constante de los aliseos, andar más de diez ó doce millas por día con un aparato tan imperfecto como una balsa que no puede sortear el viento. Esta travesía, necesitará, pues, dos meses de navegación aun suponiendo favorables todas las circunstancias, salvo el caso poco probable de que encontremos algún buque. Pero el Atlántico está menos frecuentado en esta parte que más al Norte ó más al Sur, pues por desgracia hemos sido arrojados entre las líneas de las Antillas y del Brasil que siguen los vapores trasatlánticos ingleses ó franceses y vale más no contar con la casualidad de este encuentro. Por lo demás si sobrevienen calmas, si el viento cambia y nos empuja al Este, no serán

dos meses los que necesitaremos, sino tres, cuatro y hasta seis, y los víveres se acabarán antes del tercero.

La prudencia exige, pues, que desde ahora consumamos tan solo lo estrictamente necesario. El capitán Kurtis nos ha pedido consejo sobre este punto y hemos determinado severamente el programa que debe seguirse. Las raciones se calculan para todos indistintamente de manera que el hambre y la sed queden medio satisfechas: la maniobra de la balsa no exige gran gasto de fuerza física y una alimentación restricta puede bastarnos. En cuanto al aguardiente cuyo barril no contiene sino unos veintitres litros, será distribuido con la mayor parsimonia sin que nadie tenga el derecho de tocar á él sin el permiso del capitán.

El régimen de á bordo queda pues arreglado de esta manera: cinco onzas de carne y cinco de galleta por día y por persona. Es poco pero no se puede aumentar la ración, porque diez y ocho bo-

cas en estas proporciones absorberán un poco más de cinco libras de cada sustancia, es decir, en tres meses seiscientas libras. Ahora bien, no poseemos en todo más que seiscientas libras de carne y bizcocho y hay que atenerse á esta cantidad. En cuanto al agua puede calcularse la que poseemos en unos seiscientos litros y se conviene en que el consumo diario quedará reducido á medio litro por persona, lo cual asegurará también agua para tres meses.

La distribución de víveres se hará todas las mañanas á las diez bajo la dirección del contramaestre. Cada uno recibirá para el día su ración de carne y bizcocho y la consumirá cuando le parezca. En cuanto al agua, á falta de utensilios suficientes para recogerla, pues que no tenemos más que la caldera y la taza del irlandés, se distribuirá dos veces al día, una á las diez de la mañana y otra á las seis de la tarde y cada persona deberá beber lo que le toque inmediatamente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Debe observarse también que tenemos dos probabilidades que pueden aumentar nuestra despensa: la lluvia que nos dará agua y la pesca que podrá darnos alimento. Para este caso se disponen dos barricas vacías que reciban el agua de lluvia y en cuanto á las máquinas de pesca, varios marineros se ocupan en prepararlas á fin de echar algunos sedales desde el barco.

Tales son las disposiciones que hemos tomado y aprobado y que serán rigurosamente mantenidas. Sólo observando una regla severa podemos esperar librarnos de los horrores del hambre. Demasiados ejemplos tenemos precisamente que nos enseñan á ser previsores, y si nos vemos reducidos á las últimas privaciones, es que la suerte no se habrá cansado de perseguirnos.

XXXII.

TIEMPO EN CALMA.—CALOR.—SITUACIÓN RELATIVAMENTE PREFERIBLE.—ROBERTO KURTIS ABSORTO EN SUS REFLEXIONES.—BUENA PESCA.—MONSTRUOS DE PRESENTIMIENTOS.

Del 8 al 17 de Diciembre.

Al llegar la noche nos hemos abrigado bajo las velas. Cansadísimo á consecuencia de las largas horas pasadas junto á la arboladura, he podido dormir durante algunas horas. La balsa relativamente poco cargada, se levanta sobre ellas fácilmente, y como la mar no es gruesa hemos estado á cubierto de oleaje. Por desgracia, si la mar no es gruesa, es porque el viento es menos fuerte y